

Ser diferentes, actuar juntos

Calderón Fernando. Movimientos Sociales y Política. La década de los 80 en Latinoamérica. Siglo XXI Editores. México, 1995.

Capítulo 1: Ser diferentes, actuar juntos. Pag. 17-27.

Ahora sí que sí, si no ¿Por qué? Ser diferentes, actuar juntos. Momento sin destino: del estado a la sociedad. El fin de una época.

A las dos de la tarde en punto, un 6 de diciembre de 1914, la revolución y la modernidad se hicieron presentes en la historia de América Latina.

Las hermosas fotografías de Casasola que muestran a los ejércitos revolucionarios de Zapata y Villa entrando en la ciudad de México, simbolizan los sueños y las luchas por la incorporación popular a la política y la cultura modernas. Se podría decir que este primer acto marca con peculiar fuerza la emergencia de un nuevo sistema de acción histórica que perduró, con diversas formas e intensidades, durante casi un siglo en todos los países del continente.

Reconocimiento ciudadano e integración político-económica, transformación de relaciones semiserviles y participación social, educación e industrialización en función del Estado-Nación fueron las principales orientaciones de estos movimientos sociales que dominaron el escenario sociopolítico latinoamericano.

El campo de conflicto histórico por excelencia fue el Estado, disputado o procurado por los diferentes actores sociales y políticos; las principales orientaciones giraban en torno al carácter de la industrialización y sus posibles formas de apropiación social. ¿Cómo controlar al Estado y desde allí promover un proceso de industrialización? Esa fue la pregunta central de los actores sociales, que a menudo hacían confluír variados intereses, muchas veces meramente particularistas, de ascenso y movilidad social, otras de reconocimiento cultural en los marcos de patrones ideológicos nacional-populares o populistas. En este sentido, no bastaba con ser revolucionario o nacionalista, era vital "saber serlo", y "saber hacerlo" (esto último fue vital en la lucha por el poder del Estado, pero más aún cuando se tuvo acceso a él).

Las disputas por el control del Estado no fueron unívocas, sino equívocas; hacia el interior del movimiento, los sentidos y orientaciones de la acción social variaron de acuerdo con los intereses socioculturales en juego, con los distintos escenarios geográficos y según el momento histórico. Quizás en el comportamiento de los líderes estén los más patéticos ejemplos de estas particularidades: ¿Por qué Zapata no quiso sentarse en la silla presidencial para la foto y Villa sí?, ¿Por qué Lechín gana un congreso con la tesis trotskista y al año siguiente con la nacionalista?, o ¿Por qué Perón fue sucesivamente tomando carices gaullistas, fascistas o maoístas? "Táctica del viejo", argumentaban algunos militantes peronistas echados de la Plaza de Mayo, mientras que los que se quedaron parecían afirmar, como reza una consigna en cierta novela mexicana: "El que sabe sumar, sabe dividir, mano". Sin embargo, este tipo de cultura política trajo consigo no sólo la reivindicación de ancestrales demandas populares sino también una transformación en las vidas

cotidianas del pueblo, tanto en el plano político, clientelar, como en el de las solidaridades grupales y familiares. Los propios opositores a estos regímenes jamás volvieron a ser lo que fueron; incluso las políticas imperialistas cambiaron y quizás lo más curioso es que no sólo el Estado no era ajeno a todo esto, sino que era él quien repartía los naipes.

El Estado, una vez superada la crisis oligárquica, tuvo una conformación política integradora de los diferentes intereses económicos sociales; no solamente reflejaba la conflictualidad social, sino que él mismo era parte central de ella. El Estado fue producto y productor de sociedad. Estado y sociedad estaban imbricados, casi, en una sola dinámica. Los dirigentes sindicales podían ser a la vez líderes partidarios y funcionarios estatales, y esto fue válido tanto en México como en Cuba, en Bolivia, Chile, Argentina o Brasil. ¿Nombres?, no alcanzarían las páginas de este libro.

La industrialización fue buscada tenazmente desde todos los planos de la vida económica a través de la tecnificación y ampliación de empresas mineroexportadoras o agroexportadoras, pero principalmente intentando una industria manufacturera que crease mercado interno. La cuestión consistía en la prevalencia y apropiación de los distintos proyectos industrialistas en pugna: ¿cómo industrializar estas economías con burguesías débiles, la mayoría de las veces consustanciadas con intereses oligárquicos? ¿Cómo incorporar el proceso industrial a las clases subalternas emergentes, en muchos casos fuertemente relacionadas con el campesinado o con sectores urbanos marginales? ¿Cómo articular industrialización y empresas internacionales, evitando que éstas llegasen a controlar las economías internas? Los bloques y las alianzas sociales fueron variando según los procesos históricos, pero en todos ellos fue central el apropiarse del Estado para el logro de un espacio político que permitiera la realización de algunos o la frustración de otros intereses económicos en pugna.

Estado e industria fueron los componentes básicos de las orientaciones y constituciones de los actores sociales latinoamericanos, y esto fue tan importante que no sólo es posible reconocerlos en proyectos netamente populistas, sino también en orientaciones clasistas impulsadas por partidos o movimientos de inspiración marxista, por la propia política del Estado norteamericano o de otras potencias internacionales como, por ejemplo, la Alianza para el Progreso.

Ernesto Guevara se preguntaba: ¿No se tiene la impresión de que se les está tomando el pelo?; se dan dólares para hacer carreteras, se dan dólares para hacer caminos, se dan dólares para hacer alcantarillas; señores, ¿con qué se hacen las alcantarillas? No se necesita ser un genio para eso. ¿Por qué no se dan dólares para equipos, dólares para maquinarias, dólares para que nuestros países latinoamericanos subdesarrollados, todos puedan convertirse en países industriales de una vez? Realmente es triste.

De esta manera los distintos actores sociales, nacional populares o populistas, campesinos, obreros, étnicos, regionales o empresariales, de vanguardia revolucionaria o de guerrillas, tenían como centro del conflicto al Estado y buscaban la dirección del proceso industrial que culminó en una revolución industrial trunca. El problema, o la gran cuestión, es que estas orientaciones totalizantes tienden a perder su impulso vital en la última década, y empieza a evidenciarse un fraccionamiento acelerado de la acción colectiva en la región, y la emergencia de nuevas prácticas colectivas restringidas a espacios reivindicativos o autorreferidos,

centrados más en ellos mismos que en la política; sociedades que renacen sin plantearse, al menos por el momento, metas o prácticas totalizantes. Y esto, que analizaremos en las próximas páginas, es tan válido para los clásicos actores sociales como para los movimientos de liberación nacional, el movimiento obrero o campesino, así como para los nuevos actores, referidos a identidades religiosas, éticas, de género, ecológicas, movimientos de jóvenes, de autogestión, étnicos, de descentralización, culturales, etc. Las razones que podrían explicar esta situación de inflexión de los movimientos sociales son múltiples y complejas, como complejos son los análisis y las preguntas acerca de su resolución. Más allá de las explicaciones existentes sobre las limitaciones o derrotas de los movimientos populares (pero también de las burguesías nacionales) en la región, aquí interesa destacar dos fenómenos centrales. En primer lugar, las crisis y las transformaciones del capitalismo contemporáneo, que tiende a definir de manera diferente los procesos de industrialización y de poder.

Hoy se habla en sociología de sociedades "posindustriales", "programadas" o de "posmodernidad" en el plano filosófico-cultural. Sociedades cuyo énfasis está puesto en procesos de acumulación centrados en el capital y la revolución tecnológica, con tendencia a generar procesos de reconversión industrial relativamente independientes de las pugnas del trabajo y a concentrar decisiones y poder. Poder con consecuencias brutales sobre los procesos de industrialización, sobre los que se operan mecanismos concentradores, puntuales reconversiones industriales y a la vez acelerados procesos de desindustrialización.

En segundo lugar, las transformaciones en el propio Estado latinoamericano con respecto a su desempeño en la economía y en la sociedad, la crisis y, particularmente, el deterioro de los precios de intercambio y la deuda externa, estarían provocando una acelerada incapacidad de éste para enfrentar tanto las exigencias del sistema internacional como las necesidades y demandas por parte de la sociedad. Y de esta manera, al ser transformado lo que Touraine denomina el "campo de historicidad" estatal e industrial de los movimientos sociales latinoamericanos, las condiciones de reproducción de éstos son cada vez menores. El ciclo estatal-industrial de este continente se está agotando.

Clic: momento de cambio.

La crisis ha tenido la propiedad de revelar con claridad el alto grado de interdependencia asimétrica entre la economía y la política de los países capitalistas centrales y las de las sociedades periféricas, en donde es posible observar la cada vez menor autonomía de estas últimas con respecto a las primeras.

De manera específica, la situación que vive la región latinoamericana es el producto de la simbiosis entre un cierto proceso de integración de la economía internacional que data de la segunda guerra mundial, que generó fuertes mecanismos de transnacionalización, y de los distintos dinamismos de desarrollo capitalista que vivieron los países de la región. Varios estudios y discusiones actuales permiten inferir que dichos procesos y el modelo keynesiano en su vertiente más actualizada, o "neo", que los avalaba, se encontrarían ya agotados y que en la década del ochenta se vería emerger una nueva reestructuración económica mundial como también muy probablemente nuevos conflictos y nuevas formas de acción colectiva.

El proceso de transformación e integración capitalista que vivió la región pasó por sucesivos momentos y adoptó distintas especificidades; la literatura al respecto es variada y extensa; aquí solamente a título introductorio de la temática que nos ocupa, se desean resaltar algunas características de su evolución.

Desde los años cuarenta e incluso anteriormente, y durante la década del cincuenta, tres aspectos merecen ser destacados. En primer lugar, la emergencia o reemergencia de estados-naciones que buscaban organizar el dominio interno en función de valores propios. Desde entonces el Estado, a pesar de sus múltiples variaciones, pasó a ser el articulador y en muchos casos el actor principal de la economía y de las sociedades latinoamericanas. En segundo lugar, la aparición de un conjunto de valores, prácticas y proyectos nacionalistas, modernizantes e industrialistas que buscaban afirmar la nación en el contexto internacional. En tercer lugar, el desarrollo de un particular proceso de industrialización que generó parcialmente una cierta sustitución de importaciones y la expansión de un mercado interno que, además, provocó intensos procesos de movilidad y diferenciación social.

Hacia mediados de la década del setenta, estas tendencias económicas, políticas y sociológicas, comenzaron a transformarse y a desdibujarse, fundamentalmente por la orientación de la producción económica hacia el mercado externo y por la subordinación progresiva al capital internacional. En alguna medida los altos índices de crecimiento económico registrados en varios países de la región fueron producto de una mayor integración de la industria al capital internacional.

En la década del setenta, el impacto de la crisis del petróleo en el nivel internacional fue importante para los procesos socioeconómicos internos de la región; salvo los países petroleros, el resto experimentó un gran deterioro en los precios de intercambio, que se expresó drásticamente en el incremento de los costos de importación de manufacturas y tecnología. Paralelamente, los petrodólares, que permitieron la liquidez de la banca comercial internacional y la alta oferta financiera, provocaron un gran endeudamiento de los países de la región.

Por otra parte, en los países desarrollados se experimentaban fuertes desequilibrios monetarios, incrementos vertiginosos de su déficit fiscal, aumento de las tasas de desempleo, afianzamiento del proteccionismo interno, disminución de políticas de bienestar social y, en definitiva, orientaciones nacionales y externas de corte liberal.

Así, estas dinámicas, entre otras, provocaron una aguda situación de crisis en la región, que se expresa en múltiples y conocidos indicadores del monto de la deuda y sus intereses, tales como altas tasas inflacionarias, bajos niveles de salarios y aumento del desempleo, fuertes déficit fiscales, exportación de capitales, porcentajes negativos de productividad industrial, disminución de la calidad de vida y de las condiciones sociales de la población, incremento de huelgas y protestas, crisis de gabinetes, etc. Por otra parte, estas figuras muestran puntualmente la crisis del ciclo económico iniciado en la posguerra, es decir, una crisis del modelo de transnacionalización que pone bajo cuestionamiento a las sociedades, las políticas y las economías de la región.

Ciertamente, los impactos, procesos y situaciones no son iguales y dependen de las características sociohistóricas de cada caso. En Brasil, y en menor medida en México, el endeudamiento generó a la vez una cierta reindustrialización transnacional que incrementó su capacidad exportadora y un fuerte proceso de polarización y marginación sociopolítica. En Ecuador se operó un intenso proceso de industrialización y modernización; en Bolivia, luego de inducir un importante crecimiento económico, la dinámica de la crisis casi aniquiló la economía formal, y en países como Argentina, Uruguay y Chile, el desarrollo de políticas monetaristas antiindustriales, acompañadas por órdenes despóticos, afectó seriamente las estructuras productivas y las relaciones sociales.

En fin, pese a lo diverso de las situaciones individuales, los países tienen que afrontar globalmente los problemas de la deuda y el círculo vicioso que implica su crecimiento, el mercado internacional y el deterioro creciente de los precios de intercambio, la disminución neta de su actividad productiva y, muy especialmente, las políticas sobre el déficit fiscal, el proteccionismo y los vaivenes del mercado laboral de las economías centrales (particularmente Estados Unidos) y también, las implicaciones revolucionarias que acarrearán las transformaciones tecnológicas.

El panorama ciertamente no es halagüeño; varios estudios prospectivos muestran una mayor contracción económica para la región. El Banco Mundial, por ejemplo, diseñó dos escenarios de simulación: uno alto, positivo, y el otro bajo, negativo, en función de la interacción de dos bloques de variables; las primeras, propias de los países desarrollados, principalmente Estados Unidos -proteccionismo, equilibrio monetario-fiscal y mercado laboral-, y las segundas, propias de los países en desarrollo: precios económicos, tipo de cambio y políticas comerciales de ahorro interno, es decir, más o menos, la aplicación de los paquetes económicos propuestos por el FMI; en ambas situaciones, los intereses de la deuda cumplirían un papel central: el curso de los mismos influiría determinadamente en los resultados de la economía regional.

Es decir, que si el comportamiento de las variables fuese óptimo, América Latina recuperaría sus niveles de crecimiento de la década del sesenta, pero aun así los ingresos per cápita seguirían disminuyendo; por el contrario, en la simulación baja se prolongarían los niveles de decrecimiento que vive la región. Así, los países de ingresos medianos tendrían que resistir contracciones de importaciones, reducción de inversiones, y no se esperaría crecimiento para la última década del siglo; el mismo Banco afirma: "los resultados económicos proyectados para los países plantean la duda acerca de la capacidad de la estructura sociopolítica de muchos de ellos para resistir tales presiones persistentes. La crisis de desarrollo de muchos países de ingresos medianos se agudizaría" según esto, las tendencias para los países más pobres, sobre todo en las hipótesis más pesimistas, serían francamente catastróficas.

En este orden de cosas, no debería dejarse de lado en el análisis, el desarrollo y fortalecimiento de nuevos procesos de producción, reproducción y organización social operados en todos los países de la región, especialmente en los más pobres; entre ellos, el crecimiento de economías llamadas sumergidas o informales, la proliferación de extrañas estrategias de sobrevivencia, el desarrollo de economías familiares diversificadas, etc., así como, en casos particulares, la producción y comercialización de cocaína, marihuana, etc., indican la emergencia de formas perversas de desarrollo del capital y de resistencia popular frente a la crisis.

En todo caso, desde un punto de vista global, parecería que las variables determinantes del curso de la crisis para la región estarían relacionadas con el tratamiento de los déficit fiscal-monetarios y de la cuenta corriente de la balanza de pagos en Estados Unidos; ambos tratamientos están, además, relacionados e influidos por el pago o no del servicio de la deuda latinoamericana. Las implicaciones teóricas y políticas de estas tendencias serán retomadas en el último acápite.

En síntesis, la crisis en América Latina es heterogénea y vasta, pues expresa el agotamiento de modelos de desarrollo capitalista atrasados y deformes, basados en la asociación entre el capital financiero internacional, los estados nacionales y los procesos de industrialización que afectan al conjunto de las relaciones sociales. Las transformaciones operadas en los últimos 30' años en América Latina no sólo se relacionan con los cambios ocurridos en la industria, la diferenciación campesina, la urbanización acelerada o la innovación tecnológica, sino también con la constitución y reconstitución de nuevos actores sociales; y muy principalmente con la emergencia de un nuevo tipo de Estado, no solamente organizador y reproductor de relaciones de dominación, sino también actor productivo y social fundamental en todas estas sociedades. La crisis parece haber afectado la totalidad de estas relaciones, al producir además nuevos campos de conflicto y orientación de los actores sociales alcanzados por ella.

La crisis latinoamericana produce un conflicto que concierne al conjunto de las relaciones sociales y que probablemente provocará modificaciones en las relaciones humanas, tanto de los aspectos cotidianos de la vida como de relaciones más amplias. Pero si bien la crisis es un momento de cambio, no tiene un destino preestablecido sino que depende de múltiples factores, como señala Freund:

"La crisis es una situación colectiva caracterizada por contradicciones y rupturas, plena de tensiones y desacuerdos, que hace que los individuos y grupos vacilen acerca de la línea de conducta que deben adoptar, porque las reglas y las instituciones ordinarias quedan en suspenso o inclusive algunas veces están desfasadas en relación con las nuevas posibilidades que ofrecen los intereses y las ideas que surgen del cambio, sin que sea posible, sin embargo, pronunciarse claramente sobre la justeza y la eficacia de las nuevas vías".

En este sentido, la pregunta global que nos formulamos es: ¿cuáles son los movimientos sociales que cumplen un papel importante en la crisis y qué desempeño tendrían en probables sociedades emergentes? ¿Es posible pensar en un modelo teórico global de la acción social latinoamericana en su conjunto? ¿Cómo se expresan y definen los diferentes campos de conflicto, qué orientaciones están en pugna y qué tendencias de articulación nacionales y regionales es posible prever? El resto del acápite apunta a responder preliminarmente algunos aspectos de estas preguntas, más en términos de conflictos y sus tendencias que en términos estrictos de la relación crisis-movimientos sociales.

De alguna manera, los campos de conflicto son el conjunto de acciones construidas por los diferentes movimientos sociales que expresan sus identidades, intereses, producciones y orientaciones y que reflejan las relaciones sociales involucradas y los intereses de poder en juego.

Naturalmente, los campos de conflicto particulares cobran sentido en el contexto nacional en el que se hallan inscritos. No obstante, con el objetivo de tener una visión regional de las diferentes orientaciones de la acción colectiva y como reflejo parcial de los conflictos nacionales, hemos detectado cinco grandes campos de conflicto en los cuales se encuentran subsumidos los diferentes movimientos sociales.

La crisis, entonces, está reestructurando fatalmente el patrón histórico Estado-Nación y probablemente genere un desafío paradójico a las sociedades latinoamericanas; pues, por una parte, sugiere enfrentar de manera distinta -quizás para tener voz en el nuevo dominio mundial- los procesos de integración latinoamericana, con vistas a futuras reestructuraciones nacionales con un patrón globalizador, formas de retotalización nacional; y, por otra, emprender la integración de las nuevas y "pequeñas" pluralidades colectivas fragmentadas de viejos y nuevos actores sociales. Quizás es posible integrar estos mundos: ser diferentes, pero actuar juntos.